

yo probaré que su comisión ha organizado en París la guerra civil.» Rabaut quiere continuar, pero Marat pide que se introduzca una diputación del Ayuntamiento. «Dejadme acabar, dice Rabaut.—¡El Ayuntamiento!, ¡el Ayuntamiento!, exclaman en las tribunas y en la Montaña.—Yo declararé que cuando he querido decir la verdad se me ha interrumpido.—Pues bien, concluid», le dicen, y Rabaut acaba pidiendo que se suprima la comisión si se quiere, pero que se encargue inmediatamente á la de salvación pública de continuar las investigaciones por aquélla comenzadas.

En seguida se presenta la comisión del Ayuntamiento revolucionario y dice: «Un gran complot se había tramado, pero ya se ha descubierto. El pueblo que se sublevó en 14 de julio y 10 de agosto para derrocar la tiranía, se alza otra vez hoy para reprimir la contrarrevolución. El Consejo general nos envía para haceros saber las providencias que ha tomado: la primera ha sido poner las propiedades bajo la custodia de los republicanos; la segunda dar dos pesetas diarias á los republicanos que permaneciesen sobre las armas; y la tercera formar una comisión que se comunique con la Convención durante esos momentos de desasosiego. El Consejo general os pide concedáis á esta comisión un salón inmediato al vuestro, donde pueda celebrar sus reuniones y concertarse con vosotros.»

Apenas acaba de hablar la diputación, cuando se presenta Guadet á responder á sus manifestaciones. «El Ayuntamiento, dice, al expresar que ha descubierto un complot, sólo se ha equivocado en una palabra: en no decir que él lo ha tramado.» Le interrumpen los gritos de las tribunas, y Vergniaud pide que se desocupen; pero acrecienta el motín de un modo terrible, y por largo rato sólo se oye confuso griterío. El presidente Mallarmé repite inútilmente que si no se respeta á la Convención, usará de la autoridad que la ley le concede. Guadet sigue ocupando la tribuna, y logra con mucho trabajo hacer que se le oiga alguna que otra frase en los intervalos de semejante desorden. Pide finalmente que la Convención interrumpa sus deliberaciones hasta que asegure su libertad y se encargue á la comisión de los doce la persecución de los que han tocado á rebato y disparado el cañonazo de alarma; proposición la menos á propósito para apaciguar el tumulto. Vergniaud quiere volver á la tribuna para calmar un poco la efervescencia, pero llega otra diputación del Ayuntamiento á reproducir las peticiones hechas por la anterior, y la Convención, no pudiendo resistir más, decreta que los jornaleros destinados á velar por la conservación del orden público y de las propiedades recibirán dos pesetas diarias, y que se dará un salón á los comisionados de las autoridades de París para que estén en relación con la comisión de salvación pública.

Después de este decreto, quiere Couthón responder á Guadet, y como que la hora era ya muy avanzada, se pasa el día en discusiones estériles. Toda la población de París, sobre las armas, continúa recorriendo la ciudad con el mayor orden y en la misma incertidumbre; el Ayuntamiento se ocupaba en redactar nuevas exposiciones relativas á la comisión de los doce y la Asamblea no cesaba de agitarse impugnando ó defendiendo á su comisión. Vergniaud, que acababa de sa-

lir un momento del salón, y que había presenciado el singular espectáculo de toda una población que, sin saber qué partido tomar, obedece ciegamente á la primera autoridad que se pone á su frente, juzga oportuno aprovecharse de estas disposiciones, y formula una proposición, encaminada á establecer una distinción entre los perturbadores y el pueblo de París, á fin de ganarse el afecto de éste por una muestra de confianza. «Lejos estoy, dice á la Asamblea, de acusar á la mayoría ni á la minoría de los habitantes de París, pues este día bastará para hacer patente cuánto ama este pueblo la libertad. No hay más que recorrer las calles, ver el orden que reina, las numerosas patrullas que las cruzan, basta presenciar este hermoso espectáculo para decretar que París ha merecido bien de la patria.» A estas palabras se levanta toda la Asamblea y declara, por aclamación, haber merecido la capital bien de la patria, y la Montaña y las tribunas aplauden sorprendidas de oír semejante proposición en boca de Vergniaud. Esta propuesta era ciertamente muy hábil; pero no era posible con solo un testimonio lisonjero despertar el entusiasmo de las secciones, organizar á las que desaprobaban al Ayuntamiento y darles el ánimo y unión necesarios para resistir á la sublevación.

Al mismo tiempo, incitada la sección del arrabal de San Antonio por los emisarios que habían ido á avisarle que la Butte-des-Moulins sacaba escarapela blanca, baja al centro de París con su artillería y se detiene á algunos pasos del Palacio Real, donde se había ésta fortificado cerrando las verjas, formándose en el jardín en línea de batalla y pronta con su artillería también á sostener un sitio en caso de ataque. Por fuera se seguía corriendo la voz de que tenía escarapela y bandera blancas, y se incitaba á la sección del arrabal de San Antonio para que la acometiese; pero algunos oficiales de esta última manifiestan que antes de llegar á aquel extremo deben asegurarse de los hechos y procurar entenderse, por lo cual se presentan en las verjas y solicitan hablar á los oficiales de la Butte-des-Moulins. Se les recibe, y no hallan en todos más colores que los nacionales, con lo que satisfechos de las mutuas explicaciones se abrazan cordialmente, y en breve las dos secciones reunidas recorren juntas las calles de París.

De este modo se iba generalizando cada vez más la sumisión, dejándose al nuevo Ayuntamiento que continuase su contienda con la Asamblea, en cuyo momento Barrere, dispuesto siempre á servir de mediador, proponía á nombre de la comisión de salvación pública abolir la de los doce, pero al mismo tiempo poner la fuerza armada á las órdenes de la Asamblea. Mientras explana su proyecto, llega una tercera diputación á manifestar sus últimas disposiciones en nombre del departamento, del municipio y de la comisión de las secciones, reunidas en junta extraordinaria en el palacio episcopal.

L'Huillier, síndico del departamento, toma la palabra, y dice: «Legisladores, mucho tiempo ha que la ciudad y departamento de París son calumniados á la faz del universo. Los mismos hombres que han querido desprestigiar á París en la opinión pública son los causantes de los asesinatos en la Vendée, son los que lisonjean y sostienen las esperanzas de nuestros enemigos; los que menosprecian las autoridades constituidas y tra-

tan de extraviar al pueblo para después culparle; los que os denuncian planes imaginarios para tramar ellos otros reáles; los que os pidieron la comisión de los doce para oprimir la libertad del pueblo, y en fin, los que por un criminal arrebató y con peticiones falsas y correspondencias alarmantes alimentan el odio y la división en nuestro seno, y privan á la patria del mayor de los bienes, de una buena Constitución que ha comprado á costa de tantos sacrificios.»

Después de este vehemente apóstrofe, l'Huillier denuncia varios planes de federalismo; declara que la ciudad de París quiere perecer por conservar la unidad republicana, y pide justicia de las famosas palabras de Isnard: *París será borrado de la lista de las ciudades.*

«¡Legisladores!, exclama, ¿se habrá fraguado, en efecto, el proyecto de destruir á París? ¿Queráis destruir este sagrado depósito de las artes y de los conocimientos humanos?» Después de estas fingidas lamentaciones, pide venganza contra Isnard, contra los doce y *contra otros muchos culpables*, tales como Brissot, Guadet, Vergniaud, Gensonné, Buzot, Barbaroux, Roland, Lebrún, Claviere, etc.

El lado derecho guarda silencio; la izquierda y las tribunas aplauden. El presidente Gregoire responde á l'Huillier con enfáticos elogios de París, invitando á la diputación con el honor de la sesión. Los peticionarios que la componían iban mezclados con una multitud del pueblo, y demasiado numerosos para permanecer todos en la barra, van á colocarse junto á la Montaña, que entreabre sus filas para recibirlos cordialmente; entonces se disemina por la sala una multitud desconocida, confundiendo con la Asamblea, y en las tribunas resuenan los aplausos ante aquel espectáculo de *fraternidad* entre los representantes y el pueblo. Osselin pide al punto que se imprima la petición y se delibere sobre su contenido, redactado en proyecto por Barrere. «¡Presidente, grita Vergniaud, consultad á la Asamblea para saber si quiere deliberar en el estado en que se halla!—¡A votar el proyecto de Barrere!, gritan en la izquierda.—Protestamos contra toda deliberación, exclaman en la derecha.—La Convención no es libre, dice Doucet.—¡Pues bien!, replica Levasseur, que los individuos de la izquierda se pasen á la derecha, y entonces la Convención estará separada de los peticionarios y podrá deliberar.» Al oír esta proposición, apresúrase la Montaña á pasar á la derecha; por un momento se confunden los dos lados, y en los bancos de aquélla quedan únicamente los peticionarios. Puesta á votación la impresión de la solicitud, queda decretada, y al momento resuenan las voces de «¡A votar el proyecto de Barrere!—No somos libres, contestan varios individuos de la Asamblea.—Yo pido, grita Vergniaud, que la Convención vaya á reunirse con la fuerza armada que la rodea, para buscar protección contra la violencia que sufre.» Al pronunciar estas palabras, sale seguido de muchos de sus colegas; la Montaña y las tribunas aplauden con ironía la retirada de la derecha, y la Llanura permanece indecisa y atemorizada. «Yo pido, dice Chabot, que se pase lista para señalar los ausentes que han abandonado su puesto.» En el mismo instante Vergniaud y cuantos le habían seguido vuelven á entrar con aire de tristeza y como agobiados, pues el paso que acababan de dar, que podía ser grande si se hubiera secundado,

degeneraba en mezquino y ridículo si no se imitaba. Trata de hablar; pero Robespierre no quiere cederle la tribuna que ocupa; permanece en ella y reclama medidas prontas y enérgicas para satisfacer al pueblo; pide, además de la supresión del comité de los doce, medidas severas contra sus individuos; extiéndese después largamente sobre la redacción del proyecto de Barrere, y se opone al artículo que confiaba á la Convención la distribución de la fuerza armada. «Concluid pronto, dice Vergniaud impaciente.—¡Sí, contesta Robespierre, voy á concluir, y contra vosotros, sí, contra vosotros, que después de la revolución del 10 de agosto habéis querido conducir al cadalso á cuantos la hicieron; contra vosotros, que no habéis cesado de provocar la destrucción de París; contra vosotros, que quisisteis salvar al tirano; contra vosotros, que conspirabais con Dumouriez!.. Mi conclusión es el decreto de acusación contra todos los cómplices de aquel general y contra aquellos que designan los peticionarios.» Después de largos y numerosos aplausos, redáctase un decreto, se pone á votación, y se aprueba en medio de un tumulto que apenas permite reconocer si hay suficiente número de votos. En él se dispone que la comisión de los doce quede suprimida; que se ocupen sus papeles para informar sobre ellos dentro de tres días; que la fuerza armada sea permanente; que las autoridades constituidas den cuenta á la Convención de las medidas adoptadas para asegurar la tranquilidad pública; que los autores de los complots denunciados sean perseguidos, y que se redacte una proclama para dar á Francia una idea exacta de esta jornada, que sin duda tratarán de desfigurar los malévolos.

Eran las diez de la noche, y ya se quejaban los jacobinos y el Ayuntamiento de que se pasaba el día sin producir resultado. Aunque nada decide este primer decreto aprobado en cuanto á las personas de los girondinos, es un primer triunfo del que se regocijan sus adversarios, obligándose á la Convención oprimida á congratularse también. El Ayuntamiento ordena al punto que se ilumine la ciudad; organízase una procesión cívica á la luz de las hachas; las secciones van confundidas entre sí, la del arrabal de San Antonio con la de la Butte-des-Moulins y la del Mallo; varios diputados de la Montaña y el presidente se ven obligados á formar parte del cortejo, y los vencedores obligan á los mismos vencidos á celebrar su victoria.

El carácter de los acontecimientos del día era bastante marcado; los insurrectos habían pretendido hacerlo todo guardando las formas; no querían disolver la Convención, pero sí obtener cuanto exigían, aparentando conservarla respeto. Los débiles individuos de la Llanura se prestaban voluntariamente á esta falsía, por lo cual se les consideraba aún como libres aunque obedeciesen de hecho. En efecto, habíase abolido la comisión de los doce, aplazando para dentro de tres días el examen de su conducta, á fin de aparentar que no se cedía. No se había confiado á la Convención la disposición de la fuerza armada; pero acordábase que se le diera cuenta de cuantas medidas se adoptasen, para que conservara así las apariencias de la soberanía. Se ordenaba, por último, redactar una proclama á fin de repetir oficialmente que la Convención no tenía miedo y que era perfectamente libre.



Al día siguiente se encargó á Barrere redactar la proclama, y desfiguró los sucesos del 31 de mayo con aquella rara astucia, que era la causa de que se le buscara siempre que se tratara de suministrar á los débiles un honroso pretexto para ceder á los fuertes. Medidas demasiado rigurosas habían, según él, excitado el descontento; el pueblo se había sublevado con energía, aunque con calma, permaneciendo todo el día con las armas en la mano; había proclamado el respeto á las propiedades, á la libertad de la Convención y á la vida de cada uno de sus individuos, pidiendo sólo justicia, que se le había dispensado inmediatamente. Así se expresaba Barrere respecto á la abolición de la comisión de los doce de que él mismo era el autor.

El 1.º de junio no se había restablecido la tranquilidad ni remotamente: la reunión del palacio episcopal continuaba sus deliberaciones; el departamento y la municipalidad, siempre convocados extraordinariamente, estaban en sesión; el tumulto no había cesado en las secciones, y decíase por todas partes que no se había obtenido sino la mitad de lo que se deseaba, puesto que los veintidós seguían ocupando su asiento en la Convención. El tumulto seguía, pues, reinando en París, y esperábase nuevas escenas para el día siguiente, domingo 2 de junio.

Toda la fuerza positiva y material se hallaba en la junta revolucionaria del obispado, y la fuerza legal en el comité de salvación pública, revestido de todos los poderes extraordinarios de la Convención. El día 31 habíase designado una sala para que las autoridades constituidas se correspondieran con el comité de salvación pública, y durante todo el día 1.º de junio no cesó aquél de llamar á los individuos de la junta revolucionaria para saber lo que deseaba aún aquel Ayuntamiento rebelde. Harto evidente era lo que anhelaba; quería el arresto ó la destitución de los diputados que tan valerosamente le resistieron. Todos los individuos del comité de salvación pública estaban profundamente afectados por aquel proyecto; Delmás, Treillard y Breard se afligían sinceramente; Cambón, gran partidario, según decía siempre, del *poder revolucionario*, pero escrupulosamente fiel á la legalidad, se indignaba de la audacia del Ayuntamiento, diciendo á Bouchotte, sucesor de Bérnonville, tan complaciente como Pache con los jacobinos: «Ministro de la Guerra, no somos ciegos; veo muy bien que hay empleados de vuestras oficinas entre los jefes y promovedores de todo esto.» Barrere, á pesar de sus acostumbrados manejos, comenzaba á indignarse también, y á decir: «Preciso será ver en esta triste jornada si es el Ayuntamiento de París el que representa á la república francesa ó si es la Convención.» El jacobino Lacroix, amigo y segundo de Dantón, parecía confuso á los ojos de sus colegas, por el atentado que se preparaba contra las leyes y la representación nacional. Dantón, que se había limitado á aprobar y desear energicamente la abolición de la comisión de los doce, porque no quería nada que contuviera la energía popular, Dantón hubiera deseado que se respetase la representación nacional; pero preveía por parte de los girondinos nuevas manifestaciones y mayor resistencia á la marcha de la revolución, y habría querido hallar un medio de alejarlos sin proscribirlos. Garat le ofreció uno del cual se aprovechó apresuradamente. Todos los

ministros estaban presentes en el comité, hallándose en él Garat con sus colegas. Profundamente afligido por la situación en que se encontraban, unos respecto á otros, los jefes de la revolución, concibió una idea generosa que hubiera podido producir la concordia. «Acordaos, dijo á los individuos del comité y particularmente á Dantón, de las polémicas de Temístocles y de Aristides, de la obstinación del uno en rehusar lo que proponía el otro, y de los peligros á que expusieron la patria. Acordaos de la generosidad de Aristides, quien profundamente penetrado de los males que ambos causaban á la patria, tuvo la magnanimidad de exclamar: «¡Oh atenienses, no podréis vivir tranquilos y felices hasta que nos hayáis arrojado, á Temístocles y á mí, en el Bártolo!» Pues bien, añade Garat, que los jefes de ambos lados de la Asamblea se repitan las palabras de Aristides y se destierren voluntariamente en número igual. Desde ese día se calmarán las discordias; siempre quedarán en la Asamblea bastantes hombres de talento para salvar la causa pública, y la patria bendecirá, en su grandioso ostracismo, á esos hombres que se habrán antulado para pacificarla.» Todos los individuos del comité se conmueven al penetrarse de tan generosa idea; Delmás, Barrere y el fogoso Cambón se entusiasman con aquel proyecto. Dantón, que era el primero sacrificado, se levanta con lágrimas en los ojos y dice á Garat: «Razón tenéis; voy á la Convención á proponer esta idea, y me ofreceré para ser el primero que vaya en rehenes á Burdeos.» Sepáranse todos poseídos con tan noble idea para ir á comunicar el proyecto á los jefes de ambos partidos, y dirígense particularmente á Robespierre, á quien no pudiendo convenir semejante abnegación, contesta que aquello es un lazo tendido á la Montaña para alejar á sus más valerosos defensores. Del proyecto no queda, pues, practicable sino una sola parte, y es el destierro voluntario de los girondinos, pues los montañeses no quieren someterse á él. A Barrere es á quien se encarga, en nombre del comité de salvación pública, que se proponga á los unos un sacrificio que los otros no tenían la generosidad de aceptar. Barrere redacta, pues, un proyecto para proponer á los veintidós y á los individuos de la comisión de los doce que dimitan voluntariamente sus funciones.

En este momento se discutía en la Asamblea del Obispado el proyecto definitivo de la segunda insurrección. Así como los jacobinos, quejábanse allí de que la energía de Dantón se paralizara desde la abolición del comité de los doce. Marat proponía que se fuera á exigir á la Convención la formación de causa á los veintidós y aconsejaba que se exigiese por fuerza: redactóse al efecto una petición breve y enérgica. El plan de la sublevación se estaba arreglando, no en la junta, sino en la comisión encargada de ejecutar lo que se llamaban medios de salvación pública, compuesta de Varlet, Döbsen, Guzmán y todos aquellos que desde el 21 de enero no habían cesado de maquinari; comisión que resolvió cercar con gente armada la Convención, y reducir á sus individuos al salón hasta que se hubiese dado el pretendido decreto. Para esto debían introducirse en París los batallones destinados á la Vendée, que con varios pretextos se había cuidado de detener en los cuarteles de Courbevoie, pues se creía que de estos batallones y algunos otros de que se disponía, se lograría

lo que acaso no hubiera podido conseguirse de la guardia de las secciones. Cercando con aquellos hombres fieles el Palacio Nacional, manteniendo el resto de la fuerza armada en la docilidad y la ignorancia, como el

en efecto, se manda tocar generala y á rebato, y el comité de salvación pública se apresura á convocar á la Convención para que delibere en medio de aquella nueva tempestad.



Gensonné

31 de mayo, fácilmente se triunfaría de la resistencia de la Convención. A Henriot fué á quien se confió el mando de las tropas que estuviesen alrededor del Palacio Nacional.

Esto era lo que se habían prometido para el día siguiente domingo, 2 de junio; pero durante la noche del sábado se quiso ver si bastaría dar un último paso, haciendo algunas nuevas intimaciones. Llegada la noche,

En aquel momento, reunidos los girondinos por última vez, estaban comiendo y discutían sobre lo que debería hacerse. Era evidente á sus ojos que la insurrección actual no podía ya tener por objeto *romper prensas*, como había dicho Dantón, ni suprimir una comisión, y que se trataba definitivamente de sus personas. Los unos aconsejaban permanecer firmes en sus puestos y morir en la silla curul, defendiendo hasta el fin el carácter de